



El sobre de los abogados llegó temprano una brumosa mañana de abril. Atado con un cordel, el encerado papel llevaba membrete y estaba lacrado en rojo.

El cartero entró silbando por la puerta de las oficinas de Jawkins & Hallett, trayendo con él una fría ráfaga de aire húmedo, y saludó a la recepcionista de mediana edad y gesto adusto con un alegre:

—Buenos días.

La señorita Jay lo miró por encima de sus gafas de medialuna, dirigiéndole una fría mirada de desaprobación.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras recogía el abultado sobre.

Sus labios se apretaron al ver el sello con el escudo; verdaderamente, los autores eran unos presumidos. Le dio la vuelta y vio el nombre del remitente: Winthrop, Winthrop y Jarvis.

—Abogados, creo —informó el cartero—. ¿En qué lío andáis metidos? O tal vez sean las jugosas memorias de un juez. En todo caso, necesito que lo firmes. El resto vendrá más tarde, como de costumbre.

Firmó el recibo con trazos minuciosos y regulares, y se lo devolvió. A continuación extrajo el albarán de su cajón y anotó su entrada. Mientras lo hacía, la puerta volvió a abrirse, dejando entrar otra ráfaga de aire helado seguida de una joven con abrigo de lana.

—Buenos días, señorita Hallett —saludó la recepcionista gélidamente, mientras observaba con detenimiento el reloj de la pared—. Cinco minutos de retraso, otra vez.

La joven esbozó una sonrisa y se deshizo del abrigo, que colgó en el perchero detrás de la puerta.

—¿Qué son cinco minutos entre amigas, señorita Jay?

—Por favor, sube este paquete a la señorita Hawkins. Ahora mismo.

—A sus órdenes —contestó la joven subiendo de dos en dos las escaleras de linóleo marrón, con su cola de caballo balanceándose.

La señorita Jay hizo una mueca. Susie Hallett podía ser la hija de un socio, pero contratar a una niñata así era un error, aunque sólo viniera dos mañanas por semana.

Susie dobló la curva de la lustrada barandilla del primer piso y se detuvo frente a una puerta de madera que exhibía un letrero con caracteres dorados que decía: «Srta. Hawkins, directora editorial». Golpeó la puerta y entró sin esperar respuesta.

—Hola, señorita Hawkins. El correo.

—Buenos días, Susie. ¿Por qué no lo ha abierto la señorita Jay? ¿Qué le sucede?

—Ni idea. Sólo me dijo que se lo trajera. Parece importante, con ese lacre y el cordel.

Susie se detuvo curiosa mientras la señorita Hawkins cortaba el hilo y sacaba el contenido. Dentro había un manuscrito, y encima, un carta de presentación.

Olivia Hawkins leyó la carta con rapidez y luego la dejó sobre el escritorio. No dijo nada pero miró a través de la alargada y elegante ventana de guillotina, sin advertir las gotas de lluvia que se deslizaban por los cristales ni la tenue luz de la lúgubre mañana de primavera, sino la luz brillante de un paisaje italiano; su mente se había trasladado a Italia, bajo una galería abovedada, riendo, brindando con una mujer que, habiendo dejado atrás la juventud, tenía sin embargo toda la vitalidad de una joven como Susie.

Parpadeó y metió la mano en su bolso para sacar un pañuelo.

—¿Sucede algo? ¿Es un libro?

—Sí, es un libro. Las memorias de Beatrice Malaspina.

—Qué bonito nombre.

—La carta es de una firma de abogados que tenía instrucciones de entregarme el libro después de que Beatrice Malaspina falleciera.

—¿Está muerta? ¿Era amiga suya? Lo siento.

—No lo sientas. La echaré de menos, pero nació en 1870, y ha tenido una larga vida. Y muy plena.

—Mil ochocientos setenta, Dios mío, entonces vivió ochenta y siete años —Susie intentó añadir setenta años de vida a los diecisiete suyos; no podía imaginarlo.

—¿Era italiana?

—No, inglesa, pero se casó con un italiano. Su familia tenía parientes italianos: eran dueños de una casa en Italia llamada Villa Dante, que ella heredó. Es una casa hermosísima, mágica, un lugar de ensueño.

—¿Cómo la conoció?

—Nos conocimos en la guerra. Ella tenía una personalidad irresistible, y había tenido una vida fascinante. A su modo, bastante bohemia; te hubiera gustado. Se movía en círculos artísticos y conocía a la mayoría de los grandes pintores y escritores de su tiempo. Muchos eran amigos suyos y pasaban temporadas con ella en Villa Dante. Era una mujer fascinante, y una gran anfitriona. Le irritaba que la gente se complicara tanto la vida; solía decir: «Sólo hace falta claridad mental y energía para mejorar una vida y encaminarla en una nueva dirección».

—Parece divertida.

—Lo era.

—¿Y éstas son sus memorias? ¿Las vamos a publicar?

—Oh, sí. Será interesante descubrir lo que cuenta de todos esos artistas, además de la historia de su aventurera vida.

Susie estaba junto a la ventana, observando la calle sombría, bruñida por la lluvia. Vio pasar la carreta de un buhonero, con el lomo del caballo cubierto por un viejo saco para protegerlo de la lluvia, mientras anunciaba su presencia con su incomprensible jerga.

—Ah, se me olvidaba. Al llegar vi a dos hombres de aspecto extraño merodeando por la entrada. Aún siguen allí, mira, delante del número nueve. ¿Estarán planeando robar?

Olivia se apartó de su escritorio para acercarse a Susie, al lado de la ventana. Un vistazo fue suficiente. Se rió.

—Lees demasiadas novelas de misterio, Susie. Ésos no son ladrones, bueno, no de la clase que imaginas. Son periodistas. El hombre con traje de *tweed* es Giles Slattery, del periódico *The Sketch*. El de la gabardina vieja que lleva la cámara es un fotógrafo.

—¿Giles Slattery, el columnista de chismes?

—Sí, me pregunto a quién esperan.

—A alguien famoso, ¿no crees?

—¿Aquí en Bloomsbury? Lo dudo, no hay famosos como los que busca Slattery.